

Dos Cartas

En fecha reciente, 24 y 26 de Agosto pp. hubo un cruce de cartas entre el Presidente Truman y el Papa Pío XII. Las Agencias informativas y la Prensa casi en su totalidad, tan generosa con los sucesos más baladíes y tan minuciosas con los escándalos más repugnantes, apenas hallaron espacio para tan notables documentos. Vagas referencias y hasta algunas interpretaciones completamente arbitrarias y falsas, eso es toda la repercusión de estas cartas. Vamos a hacer un breve estudio que servirá para recalcar las actividades pontificias, siempre en defensa de principios morales y en alivio de miserias materiales.

Mr. Myron Taylor. A pesar de grandes demostraciones de hipocrita alarma por parte de los protestantes, con objetiva percepción de la realidad, Mr. Roosevelt nombró representante personal suyo ante la Santa Sede, a Mr. Taylor, el 23 de Diciembre de 1939. Fueron las relaciones cordiales y de ellas brotaron iniciativas y resoluciones, benéficas para el bienestar mundial.

Terminada la contienda bélica, parecía caducado el fin de esa misión, pero estamos cosechando en la postguerra los frutos de aquella malhadada siembra y los problemas, si bien, cambiando de esencia y aspecto, no han desaparecido sino que con características diferentes ocupan ahora otros sectores. La paz de los espíritus no se ha firmado aún y tal vez se haya agravado; las divergencias de los vencedores, latentes y disimuladas antes por el esfuerzo contra el enemigo común, han brotado vigorosas y exigentes; la miseria, desterrada en los planes de unos y otros con la felicidad del NUEVO ORDEN, reina como absoluta señora en gran parte de la humanidad.

He aquí las razones del actual Presidente de los Estados Unidos, a pesar de haberse rasgado de nuevo sus ves-

tiduras los protestantes, para pedir a Mr. Taylor reanudara relaciones con la Santa Sede "que ya han contribuido profundamente hacia una legítima y duradera paz y al robustecimiento de impulsoras convicciones de los pueblos para establecer en la vida de ellos un orden moral..."

"Estas fuerzas existen en los hogares de pacíficos ciudadanos amantes de las leyes que, con sus vidas, predicán por todas partes los principios del buen vecino; la única ley básica. Viven en las haciendas, factorías, minas y tiendecitas, donde quiera que los principios de libre cooperación y voluntaria asociación en el autogobierno conservan puesto de honor".

Tiene razón el Presidente. Hay muchos hombres que hambread la paz, hastiados de ese pesado juego de la guerra; gente pacífica que quiere trabajar honradamente y llevar una vida tranquila, al margen de tantos azares e inquietudes. Pero hay una minoría inquieta, presa de sórdidos intereses que actúa como levadura, irritando, exagerando y mintiendo un soñado paraíso. Sin duda que hay muchos defectos en la actual sociedad. Demasiado pocos ricos y demasiado muchos pobres y un reparto más equitativo de los bienes y un confort de vida más elevado en algunos sectores, se impone a todas luces. Más a ello debe irse constantemente, gradualmente, mediante una legislación sabia, una administración prudente y una educación más general. Lanzarse como un huracán, arrasar cuanto se encuentra para, una vez nivelado todo, comenzar la reconstrucción sobre una base de injusticia y fuerza bruta, eso se les ocurre a quienes no buscan más que el desahogo de sus pasiones o quieren solucionar los complejos problemas sociales con cerebro infantil.

Unión y desunión. A esa crítica situación imprime carácter de gravedad la actitud de muchos que, excesiva-

mente sensibles a los atractivos de la vida sosegada, no quieren arriesgar ni siquiera un adarme de su bienestar. No saben que la paz por ellos anhelada debe conquistarse con esfuerzos, con sacrificios personales, con vigorosas campañas por implantar la paz.

El bienestar social no vendrá por generación espontánea; será fruto de nuestros empeños y sudores, si le abrimos el surco, lo regamos solícitamente, lo cultivamos y defendemos. Obra de esfuerzos y no de ausencias y cobardías colectivas debe ser el bienestar de la comunidad.

Contrasta con esa actitud de inercia la inquietud y virulencia de muchas masas, sin duda alguna, adoloridas con su indigencia, pero sobre todo excitadas por las inyecciones de los líderes. Pocos en número enardecen a los proletarios y éstos, ante esa decisión en contraste con la apatía e indiferencia e los otros, se suman a los nuevos redentores y comienzan con ellos la obra demolidora. Mientras a unos impulsa una falaz esperanza, a otros inhibe un desaliento agotador. Con razón escribe Truman:

“Las tareas que confrontamos son formidables. Pero el arreglo de los problemas de la guerra y otros de la postguerra, aún sin resolverse, vienen acompañados de múltiples desalientos. Si las fuerzas morales no juntan ahora sus energías, el desaliento irá agravándose y la actividad y eficiencia perdida por ellas, será ganada por los adversarios que tratan de destruirlas. No raras veces las esperanzas e ideales de la humanidad se han visto seriamente comprometidas. Y más comprometidas se verán hoy con la división de las fuerzas morales y con la renuncia a defender y remozar esos mismos ideales”.

Confía el Presidente y ofrece pleno apoyo al Papa en sus nobles esfuerzos por la paz; pero, “una paz duradera solo puede construirse sobre principios cristianos”. Y con nada disimulado entusiasmo recoge el Presidente Truman en la historia de su patria los hechos emocionantes de los primeros colonos que atravesaron el Atlántico llevando en su pecho la fe cristiana y dedica un recuerdo cariñoso a los primeros misioneros:

“La historia de los misioneros cristianos que, en los primeros días, sufrieron peligros, dificultades, la muerte

misma por llevar el mensaje de Cristo a indefensos salvajes, conmueve aun ahora los corazones de los hombres”.

Hermosa confesión del Presidente de los Estados Unidos, bien en contraste con actividades idénticas de nuestros misioneros que han sufrido en la Asamblea Nacional los ataques más acerbos de parte de hombres que para esa crítica llevaban como argumentos decisivos, pasión sectaria en el corazón, ignorancia supina en el cerebro e indiferencia total por la suerte de los indios.

Valores humanos. Asienta el Jefe de los Estados Unidos una idea muy digna de tenerse en cuenta, a saber; que los valores humanos deben ser la base de la sociedad; que la dignidad de la persona humana y sus relaciones con Dios y los demás hombres tienen que formar la base sobre la que se asientan todos los pueblos. Y cierra su carta con estas memorables palabras:

“Por la fe, los planes de Dios ocuparán su puesto en los corazones y en la conducta de los hombres. Creo, con íntima convicción que cuantos no reconocen su responsabilidad ante Dios Omnipotente, no pueden cumplir plenamente sus deberes con los hombres”.

Contestación de Pío XII. A estas hermosas ideas y generosos anhelos contestó Pío XII el 26 de Agosto. Los nobles deseos y altos ideales de Truman merecen al Papa cálidos aplausos, colaboración sincera y oraciones al cielo. Y puesto que se trata de hallar cimientos verdaderos para una duradera paz, solamente hallarán la necesaria solidez de roca en la fe sincera en Dios, Creador de todos los hombres. Y en breves líneas, claras y medulosas que no consenten ni amputaciones ni síntesis, expresa así su pensamiento:

“Dios ha señalado un fin a la vida del hombre y de Dios manan los personales e imprescriptibles derechos para conseguir ese fin. La sociedad civil, también de origen divino y posterior al hombre, debe ser la defensora del legítimo ejercicio de esos derechos. Si el Estado, excluyendo a Dios, se transforma en la fuente de los derechos de la persona humana, queda el hombre inmediatamente reducido a la condición de esclavo; mero instrumento que ha de ser explotado por los fines egoístas de quienes tienen el poder. Invertido el orden divino, la historia enseña,

a cuantos quieran leerla, que el resultado de esa inversión del orden es la guerra entre los pueblos. Por eso la tarea de los amigos de la paz es bien clara. ¿Es Su Excelencia, excesivamente confiado al esperar encontrarse por el mundo con hombres dispuestos a cooperar en empresa tan noble? No lo creemos. La verdad nada ha perdido para atraer a su causa las mentes más ilustradas y los más nobles espíritus. Su ardor es alimentado por la llama de la justa libertad que lucha por acabar con la injusticia y la mentira. Pero los poseedores de la verdad deben ser lo suficientemente conscientes para definirla cuando sus enemigos inteligentemente la deforman, valientes en defenderla y lo bastante generosos para ajustar el curso de sus vidas, tanto nacional como individualmente, a esos mismos dictados. Esto supondrá la corrección de no pocas aberraciones”.

“Las injusticias sociales, las injusticias raciales y las animosidades religiosas existen hoy día entre hombres y grupos que se glorían de civilización cristiana y son ellos con frecuencia, útil y efectiva arma en manos de quienes están empeñados en destruir todo el bien que esta civilización ha traído al hombre. Todos los verdaderos amantes de la gran familia humana deben unirse para arrancar estas armas de manos hostiles. Con esta unión brillará la esperanza de que, los enemigos de Dios y de los hombres libres, no prevalecerán”.

Hermosas palabras que ponen una vez más de manifiesto cuál es la verdadera doctrina social de la Iglesia y cómo ha sido siempre Ella la que ha defendido al débil; en este caso, al individuo contra el omnipotente Estado, y al hombre probo y honesto contra las audacias del ganster. En un párrafo vibrante y luminoso, en que promete para esa tarea de paz una colaboración plena y desinteresada, canta así la trayectoria de la Iglesia por el campo social.

“Desde su misma fundación, cerca ya de dos mil años, ha sido la Iglesia el paladín contra el gobierno despóti-

co, del trabajador contra la opresión, y de la religión contra la persecución. Su misión divina la traba en frecuentes conflictos con los poderes del mal, cuya única fortaleza reside en la fuerza física y en su espíritu brutal. Por eso los Jefes de la Iglesia tantas veces son lanzados al destierro o encerrados en prisiones o mueren entre torturas. Esta es la historia que se repite en nuestros días”.

Un mundo sobre injusticias no tiene seguridad, como no la puede tener un edificio sobre arena movediza o sobre el cráter de un volcán en actividad. Cuantas veces se trata de las relaciones del hombre, automáticamente mutilamos toda nuestra participación en las relaciones con Dios. Ni el Estado como tal ni el individuo se preocupa de esa realidad por excelencia; de ese Señor por antonomasia; de sus derechos más esenciales. Así queda desde el principio, rota la trabazón y minado el edificio... Contribución admirable da al Estado quien comienza a dar a Dios lo que es de Dios y el hombre de religión verdadera y sólida, no el hombre de religión sin moral, sin dogmas y sin liturgia, tiene madera de excelente ciudadano. Con razón dice el Papa:

“En un mensaje inmutable que el primer deber del hombre es para Dios; luego para los demás hombres y que es mejor servidor de la patria quien es más fiel servidor de Dios; que el país que encadenara la palabra de Dios, dada a los hombres por Jesucristo, no contribuye en absoluto a una paz firme en el mundo. Al empeñarse con todos los recursos a su alcance a llevar los hombres y naciones a una clara realización de sus deberes con Dios, la Iglesia, como en pasados tiempos, continuará ofreciendo a la paz del mundo y a la eterna salvación del hombre, la más efectiva contribución”.

Bellas palabras; pero ¿las querrán escuchar los hombres? Recientemente en Uruguay, un senador, el Dr. Dardo Régules, en público teatro pronunciaba esta terrible sentencia:

“El drama del mundo es que no quiere oír al Papa”.

VICTOR IRIARTE.